IDA Y VUELTA

El señor gordo subió al colectivo en algún lugar de Flores. Aparentaba tener unos cuarenta años y mal humor. La camiseta agujereada asomaba debajo de una campera no muy limpia, cubriendo un poco unos enormes pantalones de gimnasia con tres rayas que intentaban convencer de su estirpe de marca famosa. Más que gordo, era inmenso. Los que lo miraban en el ómnibus se sentían como los enanos de Lilliput observando a Gulliver. El piso del vehículo tembló un poco con sus pasos. Después de pagar el pasaje y con el ceño fruncido, se sentó en un asiento para dos, estrujando contra la ventana a una señora menudita. La mujer se apretó como pudo y aún así la mitad del trasero del hombre quedó colgando en el aire. El señor gordo miró a su víctima, puso cara de circunstancias y murmuró una disculpa. La mujer devolvió una sonrisa resignada, arregló el cuello de su blusa en una inútil tentativa de coquetería, pegó sus codos contra el cuerpo, bajó la cabeza y continuó leyendo el libro que llevaba.

Fernando, el señor gordo, estaba acostumbrado a recibir toda clase de reacciones cuando viajaba. Su rodilla izquierda le impedía quedar parado mucho tiempo, y sus economías no le permitían comprar un automóvil o tomar taxis. En alguna época había usado bastón, pero después de romper dos de madera y doblar uno de metal, decidió confiar en su suerte y en la benevolencia de los otros.

Poco antes de llegar a Carabobo, entró un vendedor ambulante. Ofrecía dos barras grandes de chocolate por un precio inferior al que podría encontrarse en los negocios. Se trataba de una única oportunidad que el fabricante ofrecía por su intermedio, y que no podía ni debía ser desaprovechada. Fernando lo llamó y compró cuatro barras. Cuidadosamente abrió una de ellas, y comenzó a comer a grandes bocados. Terminó la primera barra y atacó la segunda. Cuando estaba por la tercera barra de chocolate miró a su sufrida compañera de asiento y con un gesto la invitó a compartir su merienda. La mujer, también con gestos, recusó la oferta y agradeció. Fernando no tuvo dudas y devoró con fruición todo el chocolate que quedaba, Al terminar cada barra, doblaba cuidadosamente el embalaje y lo guardaba en el bolsillo.

Cuando se desocupó un asiento de uno en el colectivo, Fernando empezó a levantarse para ocuparlo. En ese momento una chica lo bloqueó e hizo sentar al nene de unos cinco años que viajaba con ella. Antes de volver a sentarse, la señora menudita pidió permiso y consiguió salir de su encierro. Ya habían cruzado Castro Barros cuando subió una mujer muy joven con un bebé en brazos. Varios viajaban de pie y todos miraron a Fernando que ocupaba los dos asientos. Le pareció oír una voz que venía del fondo:

–A algunas personas habría que cobrarle dos pasajes.

Intentó comprimirse contra la ventanilla, y la mujer pudo ocupar la punta del asiento. Una señora dijo en voz alta:

–¡Hay gente que no tiene vergüenza!

El colectivo ya había pasado Plaza Once cuando entró un muchacho muy flaco con una cestita que se puso a recitar en tono de sermón de iglesia:

–Damas y caballeros. Pido disculpas por per-tur-bar su tranquilidad. Yo he tenido la gran desgracia de contraer una terrible enfermedad. –Hizo una pausa de algunos segundos y aflautó su voz– ¡Tengo SIDA señoras, señores!

Mientras sacaba un papel mugriento que blandía como prueba de su enfermedad y pasaba la cesta, continuó:

–Como tengo que mantener a mi pobre madre inválida, me veo obligado a abusar de vuestra buena voluntad para sobrevivir.

Se notaba que el discurso había sido aprendido de memoria. El hombre caminó por el colectivo ignorado por los pasajeros.

Fernando metió la mano en un bolsillo y sacó un billete arrugado. Al hacerlo, le pegó un codazo a la mujer con el bebé, que dio un alarido y lo increpó.

–¿No puede mirar donde mete su codo? ¿Por qué no se toma un taxi?

Agachó la cabeza y pidió permiso para bajarse. Cuando pasó al lado del pedigüeño soltó el billete en la cesta. Al inclinarse para salir del colectivo dejó a la vista un pedazo de su nalga.

Se bajó en Paraguay y Azcuénaga y fue caminando por Paraguay. La rodilla dolía mucho, pero no quería someterse de nuevo al maltrato de la gente. Cerca de la Facultad de Medicina se detuvo frente a la vidriera de una ortopedia y por algunos minutos, apoyado en su pierna sana, quedó mirando sin ver los bastones y otros complementos que allí se ofrecían.

Pasó otro colectivo por Paraguay, con un aviso en el vidrio trasero: “SEA ESBELTO. SI USTED ES GORDO ES PORQUE QUIERE.” Había un número de teléfono fácil de recordar.

Volvió a caminar. Jadeando y dolorido llegó hasta Rodríguez Peña donde estaba el edificio en el cual vivía. Cuando finalmente entró en su minúsculo departamento, se acostó con cuidado para no romper la cama –la tercera en tres años– y recordó el aviso. Además de la frase que había llamado su atención y del número de teléfono, tenía un nombre y una promesa de éxito. ¿Qué podía perder? Llamó al número que había memorizado y una voz femenina respondió: “Dr. Schmidt. Buenas tardes”. Consultó sobre precios y condiciones y pidió un turno.

Tres días después descubrió que el Dr. Schmidt era un señor bajito, fornido y con un bigote casi Dalí, que hablaba con fuerte acento alemán.

–Ia, señor Fernando. Usted venir a lugar correcto. Yo cirujano psíquico, graduado en

Universidad de Leipzig, especialista en cirugía bariátrica. ¿Usted saber lo que es esa cirugía?

Fernando ya había consultado a tres médicos. El primero le indicó un tratamiento al que se sometió durante varios meses, sin ningún resultado. Los otros dos habían recomendado cirugía, advirtiendo de los riesgos asociados. No había quedado muy tranquilo con las posibles consecuencias de ese tipo de cirugía. De cualquier manera, el dinero no le hubiera alcanzado. Sobrevivía con el alquiler del otro pequeño departamento que le habían dejado sus padres. Cuando le respondió, el Dr. Schmidt continuó:

–Técnica que desarrollé diferente de tradicionales. Psíquicamente inducir estómago a absorber menos nutrientes. Mejor comer menos, pero si comer lo mismo organismo menos eficiente para convertir en grasas. En menos de un mes bajar más de treinta kilos.

–¿Cuánto me costaría? Porque no soy un hombre de recursos.

–No preocupar por eso. –Y dijo un valor que era el diez por ciento de lo que cirujanos convencionales le habían presupuestado– Poder operar hoy mismo y usted ir a casa después de cirugía.

Entró en una habitación en penumbra siguiendo al Dr. Schmidt, quien le ordenó tenderse en un diván. La luz, que era tenue, despareció. La voz del cirujano era suave.

–Imagina que está en cine esperando que empiece la proyección. Pantalla en blanco y mente buscando pensamientos, que escapan. Empezar despacio contar mentalmente para atrás, desde cien.

Fernando obedeció, y en pocos instantes estaba adormilado. El Dr. Schmidt continuó:

–Ahora voy contar de uno a cinco, y cuando contar cinco usted profundamente dormido y solo oír mi voz. Ain…dos…tres…cuatro…cinco. –Fernando comenzó a roncar suavemente– Ahora entrar psíquicamente en abdomen, impermeabilizar estómago para absorber menos. Usted no sentir ninguna molestia.

Mientras hablaba, le golpeó el estómago con fuerza varias veces sin que hubiera reacción. Después se quedó mirando el reloj hasta que pasaran diez minutos y volvió a hablar.

–Cirugía terminó. Cuando despertar recordar cirugía y tener algunos dolores, pero no preocupar. Pasar rápido. Ahora contar de uno a cinco, y cuando contar cinco usted despertar recordando apenas intervención psíquica en estómago. Ain…dos…tres…cuatro…cinco.

Fernando despertó sintiendo un dolor en el abdomen.

–Sentí cuando me operaba. ¿Salió todo bien?

–Ia. Perfecto. Ahora descansar y esperar.

Cuando salió el hambre lo estaba atormentando. Recordó el consejo del Dr. Schmidt pero entró en el primer restaurante cuyos precios le parecieron razonables. La silla crujió cuando se sentó y el mozo que estaba cerca lo miró con desconfianza. Hoy no estaba tan desaliñado. Pidió un bife de

chorizo con doble guarnición de papas fritas e inmediatamente corrigió: “Guarnición simple”, dijo, y la expectativa del sacrificio lo hizo sonreír.

Pasaron diez días. La balanza de su departamento era visitada religiosamente todas las mañanas, desnudo y después de haber vaciado su intestino. 270, 270, 269, ¡267!, ¡¿268?!, ¡264¡, ¡261!, ¡255!, ¡252!. Fernando estaba eufórico cuando, al décimo día, la balanza mostró que había bajado veinte kilos. Y seguía comiendo casi como antes. Tal vez un poco menos, pero desde el principio le había resultado fácil.

Al mes, Fernando pesaba 180 kilos. Se hacía traer la comida porque ninguna ropa le servía, y recibía la entrega envuelto en un kimono que ya casi daba dos vueltas. Tomó el teléfono. Lo atendió la misma voz femenina: “Dr. Schmidt. Buenas tardes”. Pidió una consulta a domicilio. Le costaría el doble del valor de la cirugía y sólo consiguió un turno para después de quince días.

El Dr. Schmidt frunció el ceño. Los 90 kilos que pesaba Fernando lo hacían parecer una bolsa arrugada. Estaba acostumbrado a explicar por qué los tratamientos no funcionaban, pero no tenía la menor idea de lo que había ocurrido con la figura patética que lo miraba. Se rehízo rápidamente.

–Usted tener sensibilidad especial a cirugía bariátrica psíquica. Ocurrir en pocos casos, y tener que hacer tratamiento de reversión. Tres sesiones en consultorio.

–¿Y cómo hago para salir de mi casa así?

–No preocupar. Vamos buscar en ambulancia.

Gumersindo Rodríguez, alias Dr. Schmidt, alias Bigote, estaba contento. El miércoles siguiente el turco Omar se quedaría con la ambulancia durante su franco. Le había costado unos mangos convencerlo, pero a las 10 de la mañana el turco y su compadre Enrique, los dos de impecable guardapolvo blanco colocaron en una camilla los ahora 80 kilos de Fernando envueltos en una sábana y los llevaron hasta el consultorio del cirujano psíquico. Con muy pocas variaciones, el Dr. Schmidt repitió la liturgia anterior, esta vez teniendo cuidado de apenas dar unos golpecitos muy suaves en la inexistente barriga de Fernando, mientras la ambulancia esperaba pacientemente. Seis y doce días después, de nuevo en los francos del turco, el procedimiento fue repetido. Cuando fue la última sesión, Fernando ya había ganado peso y perdido dinero. Pesaba 140 Kg.

Pasaron dos meses. Un señor gordo subió al colectivo en algún lugar de Flores. Aparentaba tener unos cuarenta años. La camiseta agujereada asomaba debajo de una campera no muy limpia, cubriendo un poco unos enormes pantalones de gimnasia con tres rayas que intentaban convencer de su estirpe de marca famosa. Más que gordo, era inmenso. Los que lo miraban en el ómnibus se sentían como los enanos de Lilliput observando a Gulliver. El piso del vehículo tembló un poco con

sus pasos. El señor gordo sonreía.

Raul Dicovsky **rauldico@hotmail.com**